A detailed portrait of Charles V, Emperor of the Holy Roman Empire, wearing ornate silver and gold armor. He is shown from the waist up, standing on a dark horse. The background is a dramatic, cloudy sky. The text is overlaid on a semi-transparent white rectangle in the center of the image.

CARLOS V Y LA ESPAÑA IMPERIAL

Estudios y ensayos



GIUSEPPE GALASSO

CEEH

Centro de Estudios
Europa Hispánica



3. Tiziano, *Carlos V*. 1548. Óleo sobre lienzo, 205 x 122 cm.
Múnich, Alte Pinakothek.

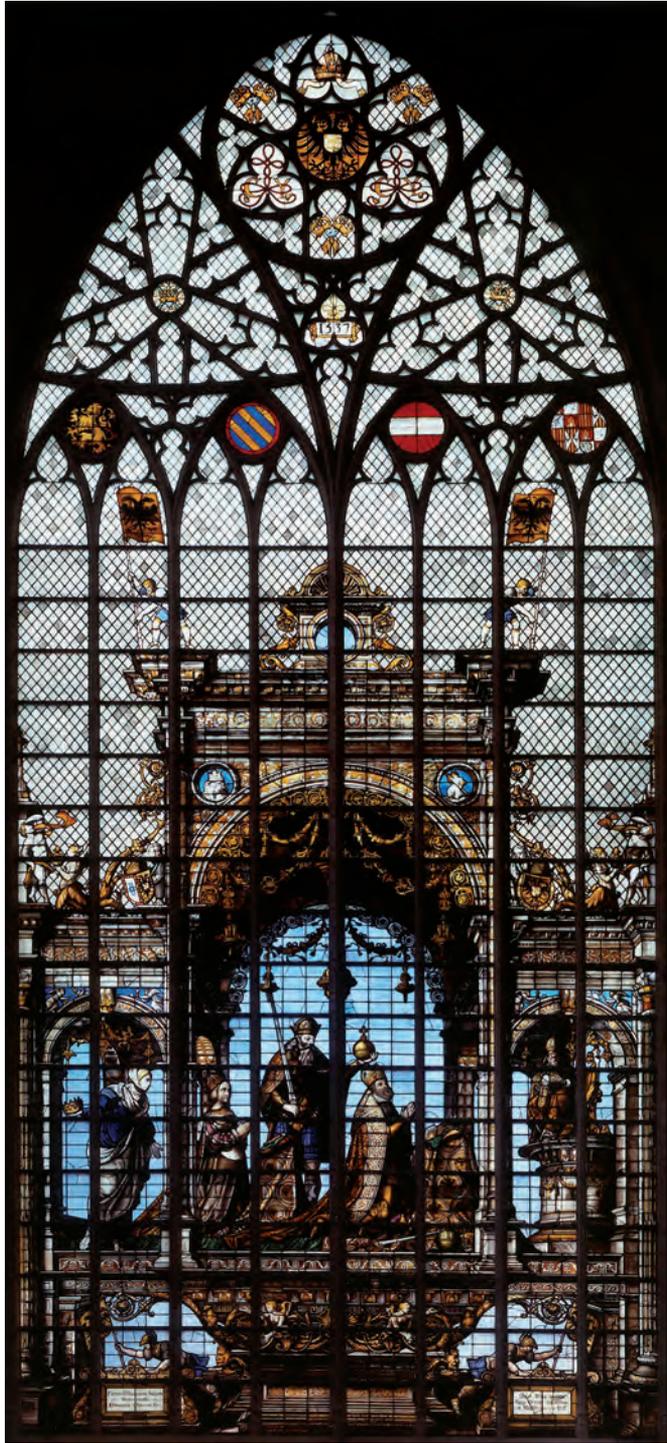
I

El proyecto imperial de Carlos V

¿Un nuevo Carlomagno?

Es corriente la representación de Carlos V¹ como protagonista del último esfuerzo por sostener el Sacro Imperio de tradición medieval, su papel y su posición en Europa y en el mundo del Occidente cristiano. Como nuevo Carlomagno (¡cuántas veces se habrá traído a colación en la historia y en la historiografía europea el nombre del primer soberano de aquel imperio a propósito de grandes proyectos continentales!), Carlos V habría sido el promotor de una acción política tendente a una verdadera restauración y reconstrucción del imperio. Monarquía universal, *dominus mundi intemporalibus*, unidad de soberano, de fe y de régimen, sacralidad de la idea imperial; pluralidad de pueblos y de culturas, son los rasgos con los que normalmente se caracteriza, en su orientación y en sus contenidos, el diseño político del emperador de los Austrias, y no se hace necesario resaltar que la esencia de estos rasgos es carolingia y medieval. Al entrar en conflicto con el naciente dualismo religioso de la Europa occidental y, sobre todo, con el espíritu y la realidad del Estado nacional, entonces también en vías de consolidación, Carlos V habría perdido una batalla cuyas condiciones para la victoria no se daban desde un principio. Se sobrentiende que el logro de un proyecto tal habría ahorrado a Europa –en el pensamiento que más frecuentemente esbozan quienes se lo atribuyen a Carlos V y lo escrutan y reconstruyen en su acción y en las fuentes– las desdichas y la ruina producidas por el espíritu del nacionalismo mucho más que por la división religiosa².

Hay que decir sin embargo que la invocación del precedente carolingio, del cual se ha hablado también a propósito de su abuelo Maximiliano I³, no fue el signo



5. Según dibujo de Bernard van Orley, *Carlos V, Isabel de Portugal y Carlomagno*.
1537. Vidriera, 18,3 x 8 m. Bruselas, catedral de San Miguel y Santa Gúdula.

bajo el cual se desarrolló la larga lucha política, y ni siquiera el punto de referencia fundamental o dominante del consiguiente debate político cultural sobre las cuestiones del imperio en la corte de Carlos V y en los grupos que de ella dependían.

El mismo Gattinara –entre los consejeros de Carlos el más explícito sostenedor de una ideología del imperio con diferencia– no menciona a Carlomagno sino muy raramente; y, lo que es más relevante, no tanto para apuntar una semejanza como para señalar una diferencia. En el memorial del 12 de julio de 1519 recuerda a Carlos como el mayor «en dignité» entre todos «les roys et princes chrestiens», habiendo sido elegido por gracia divina como «le plus grand empereur et roy qui ayt depuis la division de l'empire fête en la persone de Charlemagne», definido aquí como predecesor del mismo Carlos V⁴ (fig. 5). Carlomagno –se dice en otro documento de 1521– no tuvo «si grand commencement» ni «jamays possessa tant de royaumes et seigneuries» como Carlos V⁵.

Todas estas expresiones hacen reflexionar porque, expresadas por escrito por Gattinara, no son casuales. El hecho de que Carlos sea definido a la vez como «empe-reur et roy», el hecho de que se hable de una «division de l'empire» hecha en la perso-na de Carlomagno⁶, el hecho de que se ponga de relieve el número menor de señoríos y reinos poseídos por este último, son todos elementos a partir de los cuales no se pue-de sino deducir que la tradición imperial a la que se hacía referencia para Carlos V, con todo lo que significaba en los planos más diversos, desbordaba claramente la mera re-ferencia carolingia; y que, de forma análoga, el ámbito de la *res publica christiana* iba más allá de los límites de Sacro Imperio. Por ende Carlos V es recordado como empe-rador y rey, y como titular y unificador de una serie de soberanías sin precedentes (fig. 6), mientras que de Carlomagno se recuerda más bien que estuvo en el origen de una división del imperio.

Parece implícito que el título imperial no debe confundirse con la serie de do-minios específicos y las soberanías singulares que el titular del mismo puede reunir en sus manos dentro y fuera de los confines del imperio. Lo que es de verdad universal –como resulta obvio desde el punto de vista de la Cristiandad– es justamente el tí-tulo imperial, con la dignidad y el papel que proporciona. La monarquía universal no representa en este sentido la unificación del mundo cristiano bajo un mismo poder soberano; es más bien la posibilidad material de ejercer el papel que otorga ese título de manera tal que la guía ética y política de la Cristiandad por parte imperial sea con-sistente y eficaz, aceptada y reconocida. No se trata por tanto de una cuestión territo-rial, de geografía política o de amplitud de dominios: es una cuestión de reconoci-miento de autoridad y de poder. La potencia política y las dimensiones del dominios del emperador, en calidad de titular del imperio, entran en juego –y son sin duda de-cisivas– justamente como componentes de hecho de esa autoridad y de ese poder, no



6. Hans Weiditz, *Carlos V como rey de España y candidato a la corona imperial*. 1519. Grabado, 305 x 194 mm. Madrid, Biblioteca Nacional de España.

ya como elementos suyos constitutivos y dominantes por un principio regulador y fundacional.

Y he aquí por qué, con esos mismos fines, resultan determinantes la inspiración y la calidad de la política imperial. Todo el enfoque político e ideológico de la línea tenazmente mantenida por Gattinara al lado del soberano reposa en estos singulares, aunque implícitos, fundamentos. Se verá sobre todo en las grandes discusiones acerca de qué tipo de paz habrá que establecer con Francisco I después de Pavía⁷. Y ello parece vincular al mismo Gattinara a su tiempo (y sobre todo a la cultura de su tiempo) más de lo que normalmente se cree. Y quiere decir que, aunque haya que reconocer en el Dante del *Monarchia* el autor y principal referencia en cuanto a su idea de imperio, la lectura que de él hace Gattinara es una lectura muy humanista. Es sintomático que, ya en el citado memorial de 1519, son los nombres de los emperadores romanos –César, Tito, Traja-

no, Justiniano– los que funcionan como referentes de las cualidades que el canciller estima convenientes en Carlos V⁸.

En relación con todo ello hay que señalar que la referencia a Carlomagno y a la tradición carolingia se da sobre todo por parte francesa y pontificia. Es notable la página de Sleidan en la que se reproduce la respuesta de Francisco I a los protestantes de la Liga de Esmacalda del 21 de abril de 1531. El historiador luterano pone de relieve lo que el rey escribe «touchant le parentage d’Allemagne et de France», recordando el origen de los franceses de los «Francons Alemans voisins des Suabes», la aclamación de Carlos V –«qui depuis pour la grandeur de ses gestes a esté nommé Charlemaigne»– como emperador en Roma por obra del papa León III y del pueblo romano; el hecho de que Carlomagno «tint Alemaigne, Italie et France»; la descendencia de los reyes de Francia a partir de su persona y, por ende, de la «race des Francons». El rey –dice también Sleidan– hizo valer esta genealogía a la muerte de Maximiliano I, al ser candidato



7. Bernhard Strigel, *El emperador Maximiliano I con armadura y con la corona imperial*. Hacia 1508. Óleo sobre tabla, 60,5 x 41 cm. Viena, Kunsthistorisches Museum.



9. Enea Vico y Giovan Battista Mantovano, *Batalla de Mühlberg*. 1551.
Grabado, 535 x 379 mm. Madrid, Biblioteca Nacional de España.

que temerse como una posibilidad casi fatal. Y así, católicos o protestantes, los príncipes alemanes se encontraban en la necesidad de instaurar una tolerancia recíproca si querían mantener y consolidar las grandes ganancias que su poder de señores territoriales y su potencia política en el marco imperial y europeo les habían reportado desde el principio del movimiento protestante. La convergencia entre el particularismo territorial de los príncipes y su confesión religiosa era, a estas alturas, una tentación demasiado fuerte que –tanto para los católicos como para los protestantes–, de un modo inesperado, unía en una ventaja común la razón política y la conciencia religiosa. El *cuius regio, eius et religio* había arraigado por el devenir de las cosas y por la lógica de la situación que se había ido produciendo antes de llegar a constituir una transacción político-diplomática.

Por tanto, al compromiso religioso, inicialmente y durante tanto tiempo mantenido por Carlos V, se llegaba no mediante los debates entre las dos confesiones o –¡ni mucho menos!– mediante una nueva consagración del poder y de la función del soberano como garante y promotor del carácter cristiano del imperio, sino mediante un equilibrio interno de Alemania, tanto confesional como político, de carácter completamente distinto. Y se llegaba también, si se quiere, mediante una afirmación de la moderna *Staatsidee* (pero mejor sería decir de la razón de Estado) frente a la *Reichsidee* (que, de todas formas, con Carlos V, según lo que se ha dicho, aparece ya muy impregnada de la idea moderna anátesis suya). Es decir: la idea de la afirmación de un Estado específicamente germánico de débil estructura federal o confederal, aunque ligado a la tradición imperial, más coincidente con ella como *Deutsches Reich*, y no condicionado por la profesión de fe religiosa de sus componentes, en vez de una idea de Estado europeo de más vasto ámbito territorial y con un fundamento ideológico-confesional³⁵. No se trataba por tanto de suprimir el *Reich* o de prescindir totalmente de él o de considerarlo «desde el principio más una creación ideológica que una realidad», «en lo que se fue convirtiendo cada vez más»³⁶. Se comprende sin embargo fácilmente que «los príncipes alemanes preferían enmarcar su principio de fidelidad en un genérico contexto imperial en vez de sentirse miembros de una monarquía nacional»³⁷. En cualquier caso, iba a tratarse de un resultado duradero. Para sacudir sus cimientos no valdría ni siquiera, un siglo más tarde, el gran drama de la guerra de los Treinta Años.

Características y motivaciones de la acción política de Carlos V: después de Pavía

En la historia del emperador, las características de su acción política y de las reflexiones que la sostenían irían aflorando con una constancia semejante a la medida de la coherencia de un proyecto forjado por la naturaleza y la calidad de los intereses y las ideas, las pasiones y las fuerzas en cuyo centro se halló Carlos V.

Tómese, por ejemplo, la gran discusión que se desarrolla alrededor del proyecto el día después de la batalla de Pavía (fig. 10). También sobre este tema los historiadores y los cronistas contemporáneos dan una idea de los términos fundamentales de las opciones sobre las que se discutió que no ha sido superada por ninguna profundización documental posterior. En Guicciardini esos términos no sólo están claros, sino que están expresados, como es habitual, con especial fuerza de pensamiento.

Las tesis alternativas se las atribuye al gran canciller y al virrey de Nápoles.

Gattinara rechazaba, según Guicciardini, la hipótesis de la imposición de una paz duradera a Francisco I aprovechando su encarcelamiento. La hipótesis de conseguir la restitución de Borgoña —es decir, abrirse «una puerta de Borgoña» y conseguir «la potestad [...] de correr incluso hasta París»— era utópica: el rey de Francia no iba a consentirlo, como no iba a consentir tampoco la instauración de un pleno dominio de Carlos sobre Italia. Salvo que aceptase que él «se convierta en vuestro esclavo y que vos os convirtáis en su señor», Francisco I podría incluso suscribir, obligado por las circunstancias, una paz en tales condiciones, pero, una vez libre, difícilmente podría respetarla. Y entonces tendría de su parte con toda probabilidad a Italia, al papa y al rey de Inglaterra, deseosos de unirse a él para contrarrestar la hegemonía de Carlos fundada sobre la Borgoña recuperada y sobre una Italia muy sometida, además de sobre todas las razones de potencia a las que se debió el éxito de Pavía. La verdadera elección se planteaba entre un acuerdo con los Estados de Italia («que no demanda de nosotros más que seguridad») para poder obtener de Francia la restitución de Borgoña o, en el extremo opuesto, un acuerdo con el rey de Francia, renunciando a Borgoña para tener «Italia a discreción, pero tan dulce, en cuanto a sus intereses, que él tenga que respetarlos». Concretamente, la alternativa estaba entre Milán y Borgoña.

La opinión de Gattinara era que «más rico Estado y más oportuno para muchas cosas es el de Milán que el de Borgoña». Y, sin embargo, él creía que era preferible ponerse de acuerdo con los italianos, dejando «Milán o a Francesco Sforza o a otro que le parezca bien al papa», y reivindicar Borgoña, «vuestra antigua herencia», que «en justicia es más vuestra» y es «más fácil de mantener» que Milán, «donde no hay nadie que os quiera». Era más fácil y más prudente ponerse de acuerdo «con quien de mala gana se convierte en enemigo vuestro» (es decir, los italianos, porque «el papa y los demás en Italia, en cuanto se retire el ejército de Lombardía quedarán libres de la sospecha» de



10. Manufactura de Bruselas según cartón de Bernard van Orley, *Captura de Francisco I* (detalle). 1528-1531. Tapiz de la serie *La batalla de Pavía*, 435 x 880 cm. Nápoles, Museo di Capodimonte.

XIII

Tensiones y luchas en la monarquía española en la correspondencia de Leonardo Donà (1570-1573)

De Carlos V a Felipe II

Las páginas que siguen están dedicadas a encontrar en una correspondencia diplomática hasta ahora –por lo que yo sé– poco estudiada¹, las huellas de los problemas de gobierno y de alta política que se planteaban en el seno de la gestión de la monarquía española en relación con su variada y heterogénea composición. Se trata de la correspondencia de Leonardo Donà (o, más a menudo, Donato, italianizando la forma veneciana), embajador de Venecia en la corte de Felipe II de 1570 a 1573, es decir, los años de Lepanto, pero también los años en los que, como veremos, la dialéctica interna de la monarquía no fue menos intensa que la que se mostraba con tanta claridad en su política exterior (fig. 62).

Es interesante observar que precisamente la relación entre problemas internos y externos fue uno de los primeros aspectos de la política de Madrid sometidos a la consideración de Donà en el desarrollo de su misión. Desde Génova, a la espera de embarcarse para España, escribía al Senado veneciano el 11 de marzo de 1570 que había recibido la visita de cortesía del embajador español en la ciudad ligur. Tema casi obligado de la conversación fue el proyecto, del que se venía hablando, de una liga entre Madrid y Venecia contra los turcos. Donà refería después textualmente –en cifra– el fragmento, en que el embajador español –Diego Guzmán de Silva (fig. 63), que a partir de abril de 1571 estaría destinado en Venecia– le declaró la total ausencia de proyectos de expansión de su soberano, aprovechando una muy indirecta referencia de su interlocutor. «El emperador Carlos, padre del actual rey –dijo– era sospechoso a los ojos del mundo de quererlo todo para sí mismo. Sin embargo, quien quiera considerar

perio» del rey. Evocaba además «el ejemplo del César, su padre, quien, habiendo atormentado al mundo [...], gastado muchos dineros y comprometido sus estados; habiendo derramado grandísima cantidad de sangre, arruinado a infinitas familias honorables y arrasado gran número de tierras y lugares, no logró sin embargo engrandecer su imperio ni cumplir sus grandes aspiraciones».

La opinión sobre Carlos V era exacta sólo en apariencia, o no era del todo exacta. El emperador no había conseguido realizar el proyecto de un «imperio universal» según la tradición medieval, y también en parte humanista, de la *Sancta Romana Respublica*, del imperio franco y después germánico nacido con Carlomagno, del que él llevaba la corona, pero había dejado a su hijo una herencia de indudable y aún mayor consistencia y realidad imperial: el primer imperio verdaderamente mundial de la historia. La atención de Soranzo iba sin

embargo dirigida a la oposición que veía entre la línea política del padre y la del hijo. Por ello afirmaba rotundo que «este rey ha conseguido más con la paz de lo que consiguió Su Cesárea Majestad con tantas fatigas y guerras»; y como prueba aducía «el acuerdo que hizo con los franceses», es decir, la Paz de Cateau-Cambrésis, que en la opinión de la época ya pareció más ventajosa para Felipe que para sus enemigos. Además —señalaba el embajador— el rey iba «aumentando sus entradas, disminuyendo sus deudas y desbloqueando muchas rentas; y así, dejando Su Majestad los pensamientos belicosos de lado, con los negocios va aumentando su imperio, sin incurrir en las muchas ruinas, daños y tormentos que conllevan las guerras y las sublevaciones».

Como se ve, el acento se pone aquí en la política interior de Felipe II, y también ésta era una materia sobre la que Donà recibía de sus antecesores informaciones y opiniones que hemos de considerar consolidadas en la tradición de la política y de la diplomacia venecianas. Volverlas a repasar no es sólo interesante en sí porque representan una guía muy valiosa para la historia de Venecia y de la gran política europea en el



63. Anónimo, *Diego Guzmán de Silva*. Siglo XVII. Grabado, 120 x 79 mm. Londres, National Portrait Gallery.